

que si queréis ponerlos al nivel de la república feliz de nuestros vecinos del Norte, es preciso que procuréis elevarlos al alto grado de virtudes cívicas y privadas que distinguen á ese pueblo singular. Esta es la única base de la verdadera libertad, y la mejor garantía de vuestros derechos, y de la permanencia de vuestra constitución. La fe en las promesas, el amor al trabajo, la educación de la juventud, el respeto á sus semejantes; he aquí, mexicanos, las fuentes de donde emanará vuestra felicidad y la de vuestros nietos. Sin estas virtudes, sin la obediencia debida á las leyes y á las autoridades, sin un profundo respeto á nuestra adorable religión, en vano tendremos un código lleno de máximas liberales, en vano haremos ostentación de buenas leyes, en vano proclamaremos la santa libertad.

El Congreso general espera igualmente del patriotismo y actividad de las autoridades y corporaciones de la federación, como de los particulares de los Estados, que empeñarán todos sus arbitrios para establecer y consolidar nuestras nacientes instituciones. Pero si en lugar de ceñirse á la órbita de sus facultades hacen esfuerzos para traspasarla, si en vez de dar ejemplo de una justa observancia de la constitución y leyes generales procuran eludir su cumplimiento con interpretaciones y subterfugios hijos del escolasticismo de nuestra educación, en ese caso renunciamos ya el derecho de ser libres, y sucumbiremos fácilmente al capricho de un tirano nacional ó extranjero que nos pondrá en la paz de los sepulcros ó en la quietud de los calabozos.

A vosotros, pues, legisladores de los Estados, toca desenvolver el sistema de nuestra ley fundamental, cuya clave consiste en el ejercicio de las virtudes públicas y privadas. La sabiduría de vuestras leyes resplandecerá en su justicia y utilidad; y su cumplimiento será el resultado de una vigilancia severa sobre las costumbres. Inculcad, pues, á vuestros comitentes las reglas eternas de la moral y del orden público: enseñadles la religión sin fanatismo, el amor á la libertad sin exaltación, el respeto más inviolable á los derechos de los demás, que es el fundamento de las sociedades humanas. Los Marats y Robespierres se elevaron sobre sus conciudadanos proclamando aquellos principios, y estos monstruos inundaron en llanto y sangre á la nación más ilustrada de la tierra, tan luego como por escalones manchados de crímenes, subieron á unos puestos desde donde insultaban la credulidad de sus compatriotas. Washington proclamó las mismas máximas, y este hombre inmortal hizo la felicidad de los Estados del Norte. ¿Cómo distinguiremos al segundo de los primeros? Examinando sus costumbres, observando sus pasos, puesto que sin justicia no hay libertad, y la base de la justicia no puede ser otra que el equilibrio entre los derechos de los demás con los nuestros. He aquí resuelto el problema de la ciencia social.

Escudados con tal egida, mexicanos, ¿qué podemos temer de nuestros enemigos? Nada importa que nuestros obstinados opresores se atrevan todavía á usar del lenguaje degradante de colonia, cuando el nombre de México se coloca ya por los pueblos cultos entre las demás naciones soberanas. Nada importa que la orgullosa España impotente y hecha en el día espectáculo de compasión para la Europa, haga escuchar su débil voz en los gabinetes de los monarcas extranjeros: todas sus pretensiones se estrellarán en la consolidación de nuestras instituciones y en las fuerzas de los hijos de la patria consagrados á defenderla.

Manifestad, pues, al mundo, que sólo la tiránica influencia de los gobiernos despóticos pudo mantenernos en la triste degradación en que estuvimos sumergidos tantos años, y que al momento de sacudir su dominación, nada pudo impedir que entrásemos en

la gran familia del género humano, de la que parecíamos segregados. La Europa y el resto de la América tienen fijas sus miradas sobre nosotros; el honor nacional está altamente comprometido en la conducta que observamos. Si nos desviamos de la senda constitucional; si no tenemos como elsagrado de nuestros deberes mantener el orden y observar escrupulosamente las leyes que comprende el nuevo código: si no concurrimos á salvar este depósito y lo ponemos á cubierto de los ataques de los malvados, mexicanos, seremos en adelante desgraciados sin haber sido antes más dichosos: legaremos á nuestros hijos la miseria, la guerra y la esclavitud, y á nosotros no quedará otro recurso sino escoger entre la espada de Catón y los tristes destinos de los Hidalgos, de los Minas y Morelos.

México, 4 de Octubre de 1824.—*Lorenzo de Zavala*, Presidente.—*Manuel de Viya y Cosío*, Diputado Secretario.—*Epigmenio de la Piedra*, Diputado Secretario.

EL SUPREMO PODER EJECUTIVO A LA NACION.

La República va á ser regida por un Presidente; y antes de que se verifique este acontecimiento memorable, queremos dirigirnos á nuestros compatriotas para hablarles por última vez, y dar cuenta por el tiempo de nuestra administración.

Recordando lo pasado, y fijando la vista en el punto de donde hemos partido, de luego á luego se conoce que nuestra situación ha mejorado sensiblemente. No incurriremos en la inconsideración de atribuirnos estos medios y ventajas: hemos tenido buenas intenciones, hemos deseado sincera y vivisimamente la felicidad de la patria, hemos hecho lo posible por conseguirla; pero la favorable posición en que nos hallamos debe atribuirse principalmente á la sensatez y carácter benévolo de la nación, á la entereza y sabiduría de su Congreso, y en ello han tenido una buena parte, ocurrencias y sucesos imprevistos que manifiestan en términos muy ostensibles, que hasta aquí, el que rige las sociedades ha favorecido con especialidad á la de Anáhuac.

Recibimos en nuestros brazos á la República recién nacida, pero en un estado verdaderamente lastimoso: exhausto el Erario, el papel moneda perdiendo un setenta y cinco por ciento, el descrédito en su más alto punto, los recursos por lo mismo remotos y difíciles, sin economía ni sistema en la administración del dinero público; el Ejército desnudo; desarmado, desatendido, con aquella plaga de males consiguientes á este estado; nuestra poca fuerza sutil falta de todo, en inacción completa, arruinándose en los fondeaderos aun antes de haberse pagado el valor de su construcción; por otra parte, sin consideración en Europa, sin contacto ni relación oficial con algunas de aquellas naciones, sin pactos ni alianzas con las americanas; en lo interior, además, partidos poderosos y exasperados; las conspiraciones sucediéndose unas á otras por momentos; autoridades de primera categoría obrando de un modo equívoco ó contrario; el primer Congreso hostilizado por la opinión con motivo de la convocatoria; parte de las provincias de entonces, anticipando un movimiento que debía ser legal, uniforme y simultáneo; en algunos puntos, síntomas bien marcados de una disolución peligrosa; el orden, en fin, escandalosamente trastornado en el asiento mismo del Supremo Poder Ejecutivo; la capital en poder de una facción, y el Gobierno buscando un asilo en el seno mismo del Congreso:

he aquí, compatriotas, el cúmulo de ruinas y de precipicios espantosos por donde hemos venido atravesando en pocos meses hasta el punto en que nos hallamos.

Es preciso reconocer y confesar que este cuadro no es muy lisonjero y satisfactorio; pero para gloria del pueblo mexicano, para confusión de los tiranos que nos asechan, y para aviso de las naciones que sin prevención ni parcialidad observan nuestra marcha, ¿en qué país del mundo se ha presentado el desorden de un modo menos cruento, fatal y desastroso? ¿En qué pueblo de la tierra no han tenido consecuencias y resultados funestísimos los fenómenos y mudanzas que en tan corto intervalo se han verificado en el nuestro? Aun en los memorables 24, 25 y 26 de Enero de este año, que tanto han ponderado nuestros enemigos de Europa para desconceptuarnos, ¿corrió acaso alguna sangre? ¿No fueron respetadas las propiedades de los ciudadanos? ¿No es cierto que aun los desórdenes comunes en las ciudades populosas, desaparecieron en aquellas noches? Que cese pues la injusticia y maledicencia de los que desde la otra parte del mar nos calumnian, ya que no pueden devorarnos.

Pero lo que debe desalentar su malignidad y hacerles perder la esperanza de arrojarnos otra vez, es la consideración de nuestros progresos, y la vista del contraste que resulta entre lo que éramos diez y ocho meses há, y lo que en el día somos. Nuestro crédito se ha recobrado notablemente, el papel moneda está á la par y casi todo amortizado, el presupuesto civil satisfecho, parte del préstamo para que se había autorizado al Gobierno se contrató, y su complemento se ha estipulado últimamente en términos mucho más ventajosos. Por lo que hace á nuestra defensa, se han tomado medidas oportunas para proporcionarnos un armamento cuantiosísimo, y entretanto nuestros veteranos están vestidos, armados, restablecida la disciplina, y considerablemente rebajado el excedente de oficiales; al mismo tiempo nuestro parque es ya más que suficiente para nuestras atenciones, y la milicia activa se organiza con empeño; de manera que dentro de poco el Ejército de la República, respetable ya por el número y excelencia de la tropa, se pondrá en estado de hacernos vivir en completa seguridad, y sin temer los ataques é insultos exteriores. En cuanto á nuestra naciente marina, se ha pagado el costo de construcción de las fuerzas sutiles que existían y de las que de nuevo han venido; parte de los buques están en continua actividad; sus tripulaciones, manejo y policía en el pié más ventajoso, y, según las providencias que el Gobierno ha dictado últimamente, es de esperar que cuanto antes el pabellon mexicano se tremole y haga respetar en las costas del Atlántico. Por otra parte, el territorio y poder de la República se han aumentado con la agregación de la antes llamada provincia de Chiapa, que habiéndose pronunciado libremente y con demostraciones extraordinarias de júbilo por nuestra Federación, es ya en el día uno de sus Estados; y este acontecimiento fausto y memorable en el orden civil, lo es mucho más en el moral, por la justicia, por el desinterés y dignidad con que se ha conducido este negociado.

Por lo que hace á nuestras relaciones con otras potencias, se han firmado tratados de la más alta importancia con la belicosa República de Colombia. La de los Estados Unidos del Norte, que había reconocido ya nuestra independencia, ha nombrado novísimamente un Ministro para que resida cerca de nosotros, y entretanto sus cónsules se hallan en nuestra capital y en nuestros puertos en pleno ejercicio de las funciones y facultades que les competen. Lo mismo se verifica con los agentes de esta clase del Rey de la Gran Bretaña, y por la conducta franca, benévola y amistosa de esta Nación para con la Mexicana, parece debemos esperar fundadamente que dentro de poco la independen-

cia del pueblo de Anáhuac será reconocida por el Gobierno de un pueblo dominador de los mares. Por nuestra parte hemos enviado un ministro con plenipotencia cerca del gobierno de S. M. B., cuyo arribo á Londres acaba de saberse; y según el curso de las cosas, y el orden con que se van presentando los sucesos, es de esperar que el objeto de su misión se llene cumplidamente. Nuestra Legación para los Estados Unidos del Norte se ha puesto ya en marcha para su destino: está también nombrado un ministro que debe representarnos en la República de Colombia: lo está igualmente el que debe hacer nuestras agencias en Roma para poner en pleno curso los negocios eclesiásticos, y puede ya designarse otro con igual carácter cerca de los Estados Unidos del Centro de América, cuya independencia se ha reconocido en estos días, y cuyo delegado ha presentado solemnemente sus credenciales al Poder Ejecutivo. Aquí quisiéramos por nuestro bien y el de la España misma, poder anunciar que se había entrado siquiera en negociaciones con esta Nación; hubo, en efecto, esperanzas en su gobierno anterior de adelantar en esa parte; pero restituído Fernando VII al ejercicio de un poder absoluto, sus decretos relativamente á nosotros, y sus contestaciones con una potencia que ha querido mediar en este asunto, embarazan por ahora todo medio de conciliación, y sólo prestan margen para esperar de su parte un sistema de hostilidades y malos tratamientos, que ni tememos, ni provocamos.

Y volviendo á nuestro interior, en medio de los apuros y peligros que circundaron al Poder Ejecutivo, su principal objeto y atención ha sido la instalación del actual Congreso que felizmente pudo reunirse: dióse el Acta constitutiva; la República adquirió tranquila y suavemente la forma federada; desvaneciéronse casi sin estrépito las tempestuosas nubes que se dejaron ver hacia el Oriente y Mediodía; las conspiraciones han sido descubiertas oportunamente ó sofocadas al desarrollarse; extinguióse y quedó cegado en el 1º de Julio el foco de la guerra civil; la Constitución que debe regir la unión federal se ha concluido y sancionado solemnemente: todo, en fin, ha tomado un aspecto favorable, y la República está ya en aptitud de recibir impulso para marchar sostenidamente á su engrandecimiento y elevación.

Tal es nuestra posición actual. ¿Ni qué más pudiera pedirse á un pueblo en su infancia, y en un estado de aprendizaje é inexperiencia? ¿Han hecho acaso más los que no ha mucho nos detractaban como incapaces de constituirnos? Podrán muy bien sobrevenir entre nosotros vicisitudes, modificaciones y trastornos de que no están libres aun los Estados más robustos y cimentados; pero ¿esta base de benevolencia y circunspección, este fondo de cordura y buen sentido, esta fuerza de instinto privilegiado con que la nación se va salvando y formando á sí misma, no presta garantía suficiente para esperar que siempre dominará entre nosotros el patriotismo, y que al fin se consumará la obra de nuestro asiento y consolidación? Compatriotas: por lo que en tan corto tiempo ha hecho ya el pueblo mexicano se puede inferir fácilmente todo lo de que es capaz. Es verdad que algunos celosos y bien intencionados quisieran vernos ya á la par de las naciones adultas, y que aun se desconsuelan y desaniman porque no hemos arribado á este punto; pero este exigir no es razonable, este deseo es un imposible, y la exaltación de los pueblos sólo puede ser obra del tiempo con buenas instituciones. No exageremos, pues, males que no existen ó que son inevitables en nuestra situación; penetremos del sentimiento de nuestra suficiencia, y convenzámonos más y más de que podemos llevar al cabo la empresa, pues que tenemos superado lo más difícil y penoso; son pocos los pasos que tenemos que dar, son cortos los sacrificios que nos restan; no perdamos,

pues, un bien que casi tenemos entre las manos, ni en vísperas de llegar á su colmo nos hagamos indignos del triunfo y felicidad.

Por lo que á nosotros hace, que elevados sin merecerlo al primer puesto de la República, la hemos administrado en tiempos bien rudos y difíciles nosotros que hemos tenido la buena suerte de no haber transigido jamás con los enemigos de la patria, que en obsequio de ella hemos estado pasando alternativa y gustosamente del supremo mando á un estado pasivo de obediencia, y que nunca hemos abusado de la plenitud del poder y extraordinarias facultades que el Soberano Congreso nos había confiado, tantos títulos, no nos darán el derecho de reclamar en estos últimos momentos la benevolencia del pueblo mexicano para fijar su atención sobre sus más caros y preciosos intereses? Compatriotas: tengamos siempre presente que no puede existir gobierno sin subordinación; que la economía y la virtud son el alma del federal, y que sin unión perderemos infaliblemente la independencia. Unidos, sean cuales fueren las reformas y las modificaciones que las circunstancias puedan inducir entre nosotros, aun podremos ser libres, independientes y felices; pero si desgraciadamente nos desavenimos, seremos el ludibrio de las naciones, la execración de nuestros hermanos y vecinos, y lo que más debe hacernos estremecer, seremos presa de nuestros antiguos dominadores, que volverán á ligarnos con cadenas más pesadas, que vendrán á insultar nuestra desgracia con doble orgullo y malignidad. Así, que jamás se aparte de nuestra consideración esta imagen; cerremos todas las avenidas á la discordia, y prevengamos un caso de tan afrentosa é insoportable humillación. No nos alucinemos; no hay Estado en la federación que pueda permanecer aisladamente y subsistir por sí solo; quien intente este desorden es el enemigo más pérfido y ominoso de nuestro país, y el resultado sería la desorganización general; de aquí la impotencia y postración, el término, la ruina y esclavitud: no olvidemos, pues, este principio conservador de la República y de su bienestar; unido el Anáhuac todo lo puede; pero nada valemos, nada somos, la libertad se pierde, y la patria desaparece, si malaventuradamente entramos en desconcierto y división.

Aunque no tenemos la gloria de dejar como quisiéramos á la Nación consolidada y floreciente, pero tenemos la satisfacción de que se conserva en un estado de energía y de robuztez: hasta aquí ha llegado como por sí misma, habiendo sólo de nuestra parte rectitud de intención; mas ahora, reconcentrado el poder y la autoridad, una nueva carrera se abre para su bien, y por ella debe marchar rápidamente hasta el punto que le conviene de engrandecimiento, de prosperidad y esplendor. Al descender, en fin, del alto asiento en que la voluntad de la Nación nos había colocado, no nos ocupa otra idea, ni nos agita otro pensamiento que el de la felicidad pública; la suma inestimable benevolencia con que se nos ha distinguido, nos impone la dulce obligación de ser los primeros y más acendrados patriotas; haremos por llenar este deber, nos emplearemos en servicio y obsequio de la patria sin pararnos en sacrificios, y si se nos deja gozar de la vida privada, procuraremos hacer útil nuestro retiro con ejemplos de respeto y adhesión á la autoridad, de obediencia y de sumisión á la ley.

Preparemos, pues, la ventura de las generaciones venideras: que la patria se mejore, se eleve y engrandezca en todos sentidos: que sean felices nuestros conciudadanos; y que este suelo rico, abundante y delicioso en que vimos la primera luz, sea cuanto antes y entre todos los pueblos, celebrado de unos, y temido de los otros, como una tierra de libertad, escuela de costumbres, asilo de los buenos, escollo de la ambición y sepulcro de los tiranos.

México, 5 de Octubre de 1824.—*Guadalupe Victoria*, Presidente.—*Nicolás Bravo*.—*Miguel Domínguez*.

MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS A SUS COMPATRIOTAS.

Mexicanos: Llamado por vuestros sufragios al alto encargo de Presidente de los Estados Unidos, cuando creía llegado el momento de retirarme á gozar en medio de mis conciudadanos, del benigno influjo de las leyes, bajo un gobierno libre, adquirido por los heroicos esfuerzos de los valientes hijos de la patria, debo dirigiros la palabra, para expresar mis sentimientos, mis deseos y las ideas que me propongo seguir constantemente como regla invariable de mi conducta.

Inútil sería hablaros de mi incapacidad para desempeñar las obligaciones que me ha impuesto la patria: la malignidad atribuiría á falsa modestia la ingenua confesión de un hombre que, si ha aprendido á desafiar todos los peligros, y á arrostrar la muerte con sus horrores, no puede lisonjearse de poseer los conocimientos necesarios para dirigir una nación grande, y mucho menos al tiempo de constituirse, y cuando acabada de salir de una revolución prolongada, los partidos aún pueden hacerla vacilar. Sin embargo, os quiero asegurar la pureza de mis intenciones, y presentarme á la faz de la Nación sin el remordimiento de haber tenido jamás un mal deseo contra su felicidad. Catorce años de una conducta uniforme y constante, me dan algún derecho á ser creído sobre este particular.

Los recomendables esfuerzos del Supremo Poder Ejecutivo que acaba de entregarme el mando, la constante actividad con que ha trabajado por consolidar la Administración, el prestigio que debía causar en los pueblos ver el timón de los negocios en manos de hombres tan recomendables por su patriotismo y por sus señaladas virtudes, han producido los efectos que admiramos en el estado actual, después de los tristes y turbulentos días que precedieron al tiempo de la tranquilidad.

En estas circunstancias todo parece anunciar orden, abundancia y prosperidad: la Constitución federal nacida en estos días del seno del Congreso general, viene á dar la última mano al hermoso edificio de la sociedad mexicana. La subordinación y disciplina del Ejército, la uniforme marcha de los Estados de la Federación, la afluencia de extranjeros en nuestras poblaciones interiores, el movimiento que reciben los diversos géneros de industria de sus brazos laboriosos, la laudable hospitalidad con que son acogidos por los hijos del país, la innumerable concurrencia de sus buques en nuestros puertos de uno y otro mar, el interés que dos grandes potencias toman directamente en la consolidación de nuestras instituciones para dar el ejemplo de reconocimiento de nuestra existencia política; la tendencia de la opinión á mantenerlas y perfeccionarlas; los progresos que se advierten en las primeras fuentes de nuestra riqueza; la masa de luces y conocimientos que diariamente se extiende sobre nuestro horizonte, todo, conciudadanos, debe darnos esperanzas muy lisonjeras de que la nación no retrogradará durante el tiempo de mi administración. Mi alma se llena de inefable placer al contemplar que puedo de alguna manera contribuir á dar estabilidad, aumento y permanencia á estos preciosos bienes.

Ved aquí, mexicanos, mis deseos y el objeto á que se dirigirán mis ardientes votos. Al poner en ejecución los medios para conseguir el lleno de mis intenciones, ¡cuántas dificultades no se presentan! ¡Qué de obstáculos no se oponen á la marcha! El sistema